

El espíritu de las plantas y los animales

Para nuestros antepasados prehispánicos, los dioses tenían una presencia constante en la vida y marcaban cada una de sus actividades cotidianas. Las montañas, los ríos, el cielo, las plantas y los animales también gozaban de su participación en lo divino, y su relación con los seres humanos se comprendía también a través de



mitos. Era algo así como decir que el cacao, el caracol y el ser humano eran hermanos; y todos, a su vez, hijos de la misma luna.

El maíz era muy importante como planta principal en la nutrición y, a través de las distintas etapas de su cultivo, podía rezársele a un dios distinto. Se le invocaba como signo de la abundancia mediante un pacto de ofrenda y sacrificio.

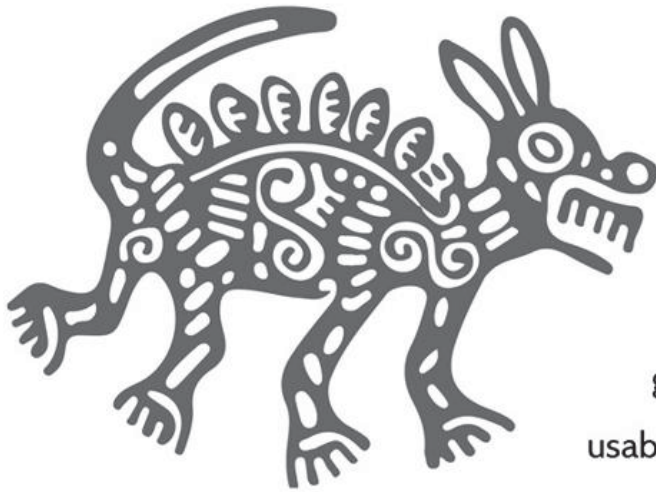
El cacao, en cambio, era la moneda principal; más utilizado que las conchas rojas, las plumas y las cuentas de piedra. Los mercaderes adoptaron al espíritu del cacao como su dios tutelar y se lo encomendaban a la Estrella del Norte para que

ésta los guiara y los llevara a salvo en los largos recorridos.

Del maguey se extraía el pulque, el aguamiel, espinas para el autosacrificio, y el *ix-tle*, fibra con la que hacían cuerdas y papel. Su espíritu lo simbolizaba *Mayahuel*, “diosa de las cuatrocientas tetas”, y la tradición para honrarla consistía en derramar un poco de pulque en la casa, antes de beberlo, para luego iniciar el convite.

Con semillas de amaranto, los aztecas elaboraban distintas figuras alusivas a sus dioses. Se trataba de una especie de postre, que hoy conocemos como *alegría*, y que comían para festejar especialmente la llegada de la lluvia.





La mayor parte de la población acostumbraba asearse en tinas, ríos o lagos. Como jabón usaban productos vegetales; entre éstos,

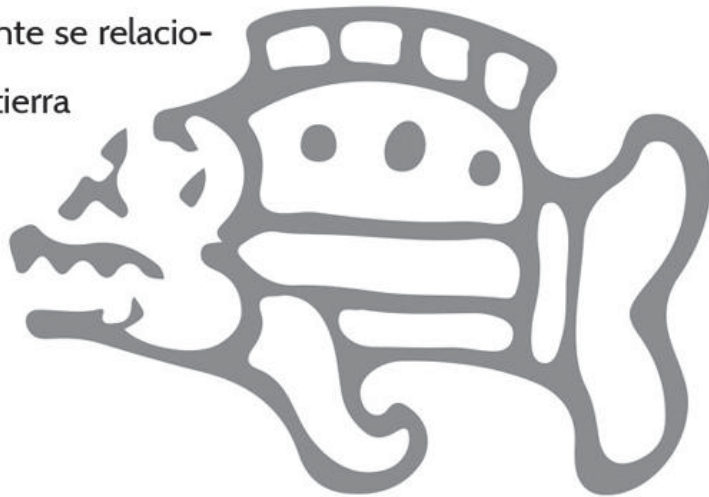
unas raíces que producían espuma. Pero el baño de vapor en el *temazcalli* llevaba más lejos la purificación y sanaba enfermedades del alma.

¡Qué maravilla habrá sido visitar el mercado! Ahí compraban y vendían grandes cantidades de plantas, textiles y animales. Y cada uno de estos últimos poseía un significado profundo y espiritual.

El caracol de mar era uno de los símbolos de la luna, a la que a veces podemos ver completa y a veces sólo una parte. Los aztecas lo relacionaban con el viento y lo utilizaban como instrumento musical a manera de trompeta.

Al lagarto se le concebía como un símbolo de lo antiguo: cuando los dioses crearon el mundo, tomaron un lagarto y lo partieron en dos. Su boca representaba la gran caverna o entrada al mundo de los muertos.

La serpiente se relacionaba con la tierra y las fuerzas generadoras del universo y del cambio.





El jaguar representaba el “corazón de la montaña”, señor de la tierra salvaje y los bosques oscuros. Por su presencia, su belleza, su fuerza y su nobleza, era el

emblema de los linajes gobernantes, además de ser símbolo de una orden militar.

El tlacuache, que carga y protege a sus numerosas crías, representaba la fertilidad de las madres embarazadas.

El puma era el sol de mediodía, la luz y la claridad.

El águila simbolizaba lo grande, lo alto y elevado. Esta ave poderosa que se remonta a grandes alturas significaba la valentía y la bravura, por eso también era representativa de la orden militar de los Caballeros Águila.

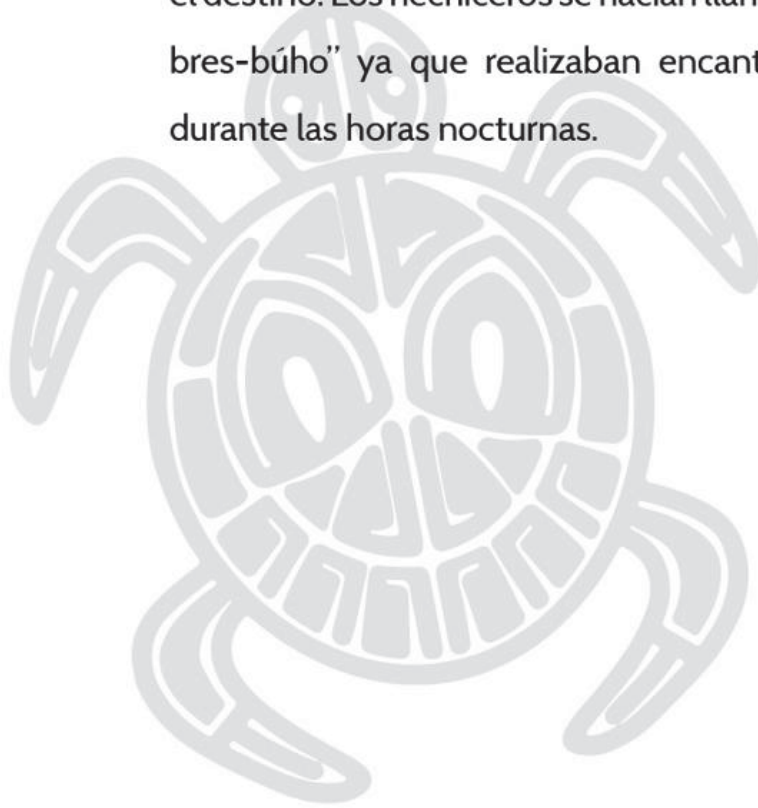
No menos importante, el colibrí se asociaba al vigor, a la juventud y a la renovación. El sol se transformaba en colibrí para ir a cortejar a la luna y a las flores, y se decía que había un paraíso a donde iban los guerreros muertos en combate, transformados en este bello pájaro, de igual



modo que las mujeres que morían en parto y que se les conocía como *cihuateteo*.

El quetzal designaba el adorno, lo hermoso y altamente apreciado.

El tecolote estaba asociado con la noche y sus poderes, y se creía que su canto pronosticaba el destino. Los hechiceros se hacían llamar “hombres-búho” ya que realizaban encantamientos durante las horas nocturnas.



Finalmente, al murciélago se le consideraba un dios de la muerte y un mensajero de los dioses.

Todas las personas poseían, desde su nacimiento, un doble animal que determinaba su carácter, su resistencia física y su destino. Por cierto, si tú fueras un animal, ¿cuál serías?

